

—pues no contaba con otras—, pero esperanzado en la solidaridad de quienes tuviesen preocupaciones semejantes a las mías, me propuse actuar en un doble sentido, tratando de escribir unos poemas cuya materia social —de carácter realista y coyuntural por naturaleza— fuese tratada con la mayor altura estética posible, y publicando una revista de poesía». Se adelantó unos diez años al giro de la poesía española de finales de los sesenta, y en 1967 partió hacia Puerto Rico. En este contexto ha de entenderse un poema como «Una patria se elige»: «Una patria se elige/—y una mujer. O llegan,/inevitablemente,/cuando tu soledad las ha ganado».

Volviendo a la organización cronológica de esta *Poesía*, y de *En medio del camino* y *El bosque transparente*, no ha de pasarse por alto que el primer volumen llega hasta 1970 y el segundo hasta 1981. Curiosamente, a comienzos de los 70 se inicia en la traducción de Dante, cuyo *Inferno* será publicado por Seix Barral en 1973; por otra parte, en 1982 se publica su antología magna de la poesía de Fernando Pessoa, *El poeta es un fingidor*, libro clave para entender la inmediata efervescencia de estudios y lecturas del portugués, de quien Ángel Crespo había publicado sus primeras traducciones en 1957. Traigo esto aquí a colación por dos razones: primera, porque son estos dos poetas, Dante y Pessoa, los que explican las nuevas etapas de la

poesía de Crespo, sobre todo Dante respecto de *El bosque transparente*; y, segundo, es el mismo autor quien, al esbozar las líneas de su trabajo, dejó dicho: «Mi labor poética de siempre se ha desarrollado simultánea y solidariamente en los terrenos de la creación y la traducción».

El volumen segundo de *Poesía* contiene *El bosque transparente (1971-1981)*, *Colección de climas (1975-1978)*, *Donde no corre el aire (1974-1979)*, *Libro de Odas (1977-1980)*, *El aire es de los dioses (1978-1981)*, *Parnaso confidencial (1971-1995)*, el libro inédito *Amadís y el explorador (1977-1995)* y los *Poemas contemporáneos de El bosque transparente*. De este volumen, como del anterior, preferiré que sean algunas composiciones quienes hablen de la trayectoria poética de su autor.

En «Como la alondra», el pájaro perseguido, de nuevo en la tarde, tiene nombre —alondra— y el poeta baja y sube, «como la alondra»: «en el mar/ de las palabras, bajo,/ braceo para no/ seguir cayendo, y subo/ finalmente al silencio». La realidad de una lejana tarde manchega ha regresado, y ahora puede desvelarse, pues contiene un símbolo familiar a la poesía. «Tema de Orfeo» se presenta como una confesión: «Siento temor/ de releer lo que ya he escrito»; es ahora cuando el poeta y su palabra se hallan *en medio del camino*, y el temor es el «de hallar lo que había perdido, de encontrarlo entre las grietas/ —visibles sólo para mí—/

que forma el envés de los versos». Y en la ofrenda que en nombre de los dioses contiene el poema «Errante» no sólo se halla la certeza, sino una base real, la del transterrado (Puerto Rico, Suecia, Italia...), y una base metafórica, la del solitario camino del poeta: «Tantos años siguiendo/ el camino borrado de noche/ –por la pala del tiempo/ y por mi ignorancia siguiéndoles/ los pasos, escuchando/ si los oía amarse./ Y los oía».

*El bosque transparente*, y Dante en su compañía, brindan al poeta perspectiva y lugar poético (palabra). Los símbolos (el aire, el fuego, el ave...) ocuparán el espacio que consolida y desvela todo el recorrido, y serán los libros del tercer volumen *El ave en su aire (1978-1984)* y *Ocupación del fuego (1986-1989)*, quienes expliquen una totalidad que puede entenderse, ya, como una de las poéticas más coherentes y firmes de esta segunda mitad de siglo en la lengua española. En dicho volumen tercero se incluyen también libros de gran interés como *Délficas (1995)*, *Iniciación a la sombra (1995)* y, sobre todo, *La realidad entera (1989-1995)* y el libro de poemas en prosa *El fuego verde (1992-1994)*.

En el poema que escojo como ejemplo, «La realidad entera», Ángel Crespo nos participa de su íntima satisfacción, la de una obra alcanzada; satisfacción que, indudablemente, debió de llenar sus últimos trabajos y sus últimos años: «El misterio no dice:/ se muestra, y con-

templarlo/ es prodigioso oficio, pues se hace/ la mirada interior una con él/ aunque a sí misma no pueda mirarse./ /No es renuncia ni entrega contemplar/ –mas sin intentar poseerla–/ la realidad entera silenciosa/ cuya superficie nos muestra/ un paisaje parejo al interior/ mostrarse de su abismo/ /–en el que las palabras se transmutan/ en miradas: para aceptar/ lo que, al estar oculto, más se muestra».

**José Francisco Ruiz Casanova**

## Los cuentos reunidos de Juan José Hernández

La obra del argentino Juan José Hernández (Tucumán, 1932) es un curso de honores que podría considerarse típico en un narrador de su país. Se inició en el poema (*Negada transparencia, Claridad vencida*), pasó junto a la novela (*La ciudad de los sueños*) y siempre afincó en el cuento. Sus dos colecciones de relatos (*El inocente* y *La favorita*), más alguna pieza suelta, componen el

conjunto de su cuentística, que Seix Barral ha publicado en Buenos Aires bajo el título de *Así es mamá*.

En efecto, la literatura argentina parece más afortunada en el cuento que en la novela. Y más aún en esa zona de la narración instantánea que da cuenta de la memoria discontinua y el fragmento decisivo de la infancia y la adolescencia. La infancia sin historia, hecha de escenas sueltas, intensas pero desmemoradas, y la adolescencia jalonada de iniciaciones, por lo mismo: de instantes únicos. Cabe pensar, con mayor ambición histórica, en un imaginario argentino donde domina la figura del adolescente, del sujeto en tránsito que no acaba de abandonar su puericia ni ingresar del todo en el mundo adulto, y que sólo puede echar una mirada sabia hacia sus primeros años.

Hernández abunda en niños encantadores y perversos, en subnormales con algo de sagrado, en adolescentes que exploran las sietas del verano subtropical en busca del seductor demonio que les revele la sencilla y terrible cifra de la vida. En el poema, Hernández adquirió los deberes de la concisión, la necesidad del remate súbito y elocuente, el dominio de la tensión única que evoca el mundo de la pieza musical corta y categórica, el *impromptu* o el *preludio*. Porque *preludios* a una vida adulta indeseable suelen ser los esbozos de vida de sus personajes, anclados en la escena fascinante de la promesa

que se superpone a la dura obligación del cumplimiento.

El arte se ocupa, como en el verso de Rubén Darío que sirve de título a su novela, de la ciudad de los sueños, con un lenguaje que –de nuevo el decreto de los títulos– niega su transparencia y vence toda claridad, presentando la opacidad morena de su sustancia como esos cuerpos que cruzan por estas narraciones, medio vestidos, medio desnudos, en un tránsito erótico que equivale al gran tránsito mencionado de la vida adolescente.

El arte, en otro sentido, promete una dicha que será retaceada en la vida adulta, y exige una demora en la pubertad que, con todos los dolores del cambio cotidiano del cuerpo y el alma, sin embargo, promueve una intensidad de vida que se irá gastando en la poderosa y amenazante edad de la razón. La vida es, entonces, un juramento de felicidad que no se cumple y que el arte convierte en permanencia.

Los adolescentes dicen la verdad de la seducción, como ese «Bambino» que encanta a su profesor de piano, o esa «Favorita» que ennovia a los visitantes del negocio barrial. Los adultos, en cambio, cuentan batallas apócrifas en «El sucesor» u ocultan negocios impúdicos en «Así es mamá», o tienen escondidos sus placeres vergonzantes como «La señorita Estrella».

Hernández se produce con un lenguaje conciso y aparentemente impersonal, como para no molestar a esas vidas que, también aparente-